

## Prólogo a *Andrés Eloy Blanco, humanista*<sup>1</sup>

En la edición de las *Obras completas* de Andrés Eloy Blanco no figura, para infortunio nuestro, su *Vida privada del Diablo*, anunciada autobiografía con dolorosos relatos carcelarios, memoria interpretativa de lo venezolano, y exposición trágica, pero bella, de nuestra historia. Como los proyectos narrativos de Pedro-Emilio Coll, la parcialmente revelada novela andina de Gallegos, el testimonio en yo desmesurado de Romerogarcía, o el diario de la primera postguerra de Blanco-Fombona, aquella escritura donde posiblemente el humor se hubiese dado la mano con el drama, la crónica retrospectiva con la serenidad crítica, y la abundancia de anécdotas con la sagacidad del memorista, también quedó en la antesala del manuscrito, como plan y perspectiva. La vida de Andrés Eloy, tan estremecida como la de cualquier otro escritor comprometido durante la época del gomecismo, se prolongó hasta ver nacer la democracia y volver a ver otra dictadura, y lo grande en él y que tal vez lo diferencie de la mayoría de quienes también pasaron por esas experiencias, ya cansados e inservibles, fue su valentía civil, vargasiana, casi masoquista, y su capacidad para adaptarse a la lucha y darse al sacrificio, sin endosar al pasado lo que constituía desafío de su momento.

En pocos escritores nuestros la condición humana fue tan entrañable, natural, desposeída del grito y del reclamo. Andrés Eloy cimentó su construcción existencial en una serie de sustantivos a los que antes que proclamar, amó hasta la exaltación: la dignidad, el deber, la fe, la amistad, el humanismo. Excluyó de sí las posiciones escépticas, la fealdad aristocrática de

---

<sup>1</sup>Prólogo escrito para *Andrés Eloy Blanco, humanista: Juicio de sus contemporáneos*. Coordinado por José Agustín Catalá. Caracas: Centauro, 1981.

situarse por encima del pueblo y la tentación del destino personal privilegiado, porque así como no fue hombre adjetivo, colocado ocasionalmente al lado del prójimo, tampoco quiso ser el poeta sin contaminación, el escritor ausente y el antólogo de sí mismo. Se brindó con generosidad avasalladora, al vincularse a los jóvenes del 28, al pedir la amnistía en 1938, al luchar por el voto femenino en 1943-44 o al asumir su papel resistente después de 1948.

Esta recopilación de ahora ha pretendido recoger, aunque no agotar, los homenajes rendidos a Andrés Eloy con motivo de su muerte. O a la memoria de Andrés Eloy, que lo fue de Venezuela como ningún otro. Figuran en la necrología viviente, artículos, discursos y poemas, publicados, pronunciados o escritos en México, Costa Rica y Chile, así como el conjunto de materiales que en el vigesimoquinto aniversario sirvió como revaluación, no sólo de su poesía en debate, sino de su totalidad humanística. Un lector ávido hallará entre los textos de 1955, poemas hasta hoy conocidos por una élite como “Ditirambo y elegía para Andrés Eloy Blanco”, de Sabat Ercasty, y conferencias como la de León Felipe, con aquel su estilo de actuación y declamación donde la muerte era canto, verbo reencarnado. Asimismo, al lado de la ceñida prosa de Alfonso Reyes, en una de aquellas burlas veras que conjugaban economía lingüística con dilapidación de conceptos, la dilatada y eticista de Gallegos.

Justamente, lo que éste escribió “a un año de tu luz”, es decir, en 1956, revela la riesgosa categoría que uno y otro –los dos, escritores de primer orden– le otorgaron al oficio. No lo consideraban artesanía, tampoco simple recompensa estética, sino duelo humano. Luego de Gallegos explicar “la aventura política a que me llevaron mis letras” y de ensalzar la compañía combativa de Andrés Eloy, dice: “Tú renunciaste al agradable éxito... Ninguno de nosotros ha

sacrificado tanto de lo humano común y corriente, de lo humano consustancial, como tú al entregarle tu nombre, tu talento, tu corazón y tu vida a una empresa ardua”.

Las palabras se convierten así en la palabra, ese don del hombre que sólo en pocos equivale a pasión, en el sentido de padecer y padecerla. Antes de la prisión, en “el barco de piedra” o Castillo Libertador, sintió ese aletazo compromisario. Su llegada a la Venezuela gomecista, triunfal hasta el delirio, lo lanzó al rechazo del régimen, a él que en España había visto reyes, pero también terribles sucesos políticos y sociales.

Y la cárcel lo familiarizó, no sólo con el fascinante orgullo de los caudillos humillados y agonizantes, como Peñaloza, con la desolación idealista del doctorado en grillos, como Arévalo González, o con el final heroico, tragificado por el parentesco, de Zuloaga Blanco en Cumaná, sino con la masa informe, pero plena de autenticidad, del pueblo. La palabra pasó entonces por una prueba de fuego y se hizo solidaria del acto, hasta llegar a ser una forma de existir, o, para decirlo con voz suya, de “vivir en gerundio, que es el tiempo de vivir más digno del corazón inconforme”.

Ya libre, no le dio libertad a ese compromiso. Admirable que en el confinamiento en Valera, por 1932 y 1933, plantee, a través del tema del “libro venezolano”, por cierto hoy de moda, el del escritor sin futuro, marginalizado, como Ramón Hurtado, que “murió sin lectores”; como Emiliano Hernández, que después de muerto “anduvo buscando tumba para acabarse de morir en ella”; o como Mármol, que fue publicado por sus amigos. Andrés Eloy despuntó a la literatura cuando ésta vivía, física y metafísicamente, en prisión. Dolor grandísimo debió ser el suyo al ver caer como una flor a aquellos jóvenes tentados por Dios, a la hora en que otros en Europa disfrutaban de famas y homenajes, en medio de largos tirajes editoriales.

Ese jugarse la vida con la palabra, tan diferente a jugar con la palabra, es, no sé si para satisfacción o tortura suyas, un reto que no asumen directamente las generaciones actuales o que, en todo caso, está aliviado y pospuesto en el seno de la democracia formal, con la emergencia de las libertades civiles y la irrupción masiva a las universidades. El intelectual, como capa social, es, en estos días, un profeta desvinculado de las masas creyentes. No parece ser lo mismo que las barbas crezcan a uno en La Rotunda, San Carlos o el Castillo de Puerto Cabello, que dejárselas crecer a lo hippie, como símbolo de una anticultura que no encuentra valores positivos más que en su misma descreencia. Todo lo que amasó la palabra de Andrés Eloy, como la de los escritores apostolares y carcelarios, venía del barro del pueblo, con sus mitos, leyendas, humores desbordados, miserias infinitas.

Acercarse a un modelo de hombre-artista como el de Andrés Eloy, a través de los trabajos de 1955, que cumplían una función de elogio fúnebre –y más o menos igual temple tienen los de 1980– es, simultáneamente, alejarse. El lector ya dispone de un compás de más de un cuarto de siglo y tal vez, y a pesar de esa turbia amarillez del tiempo, entrevea con claridad lo que los del destierro mexicano de aquel entonces no veíamos: que Andrés Eloy tipificaba un estilo, común a ese escritor comprometido de los años 50 que se había forjado en un pasado de dictaduras.

Por eso, cuando la crítica más contemporánea toma a la palabra en sí misma, formaliza las estructuras y se torna implacable frente a la obra de Andrés Eloy, olvida que, además de múltiple, ella es servicial y finalista. Servicial porque se puso al servicio de una causa, que va desde la búsqueda de la tipología del venezolano hasta el préstamo a la política activa. Finalista, porque tiene una intencionalidad y está dirigida a algo y a alguien: “No vivo en diferenciación – escribí en 1945–; y no ha sido voluntad mía. Entré a la lucha política, muy joven; y la realidad

me obligó. A veces quisiera volver plenamente a la literatura; pero si me decidiera a hacerlo, quizá no podría; no es que me llamen las multitudes en calidad de líder político; es que mientras haya cien hombres y cien mujeres que me pidan no abandonar un campo en el que mi palabra podría ser beneficiosa, yo no tendría el derecho a desoírlos”.

Un decenio más tarde, no había podido aún retornar plenamente a la literatura. Le llegó la muerte cuando más viva era su palabra, que seguían multitudes.

*Caracas, junio 25, 1981.*